

para atribuir a Jesucristo, en su valor genérico, todas las designaciones que terminaron por ser portadoras de un sentido técnico o significativo de las personas constituidas en autoridad jerárquica: 'sacerdote, pastor, diácono, etc.'» (*Conclusiones*, n. 1). «Desde el punto de mira cronológico los nombres del Papa son aplicables en primer lugar a Jesucristo y, a continuación, al primer Obispo de Roma, San Pedro (*Ibid.*, n. 2). «El Obispo de Roma, el Papa —sucesor de San Pedro—, recibe de ordinario algo más tarde estos nombres» (*Ibid.*, n. 3). «El Papa no es sólo el sucesor de San Pedro (...). San Pedro, además de ser el inicio de la sucesión histórica, coexiste con cada eslabón; sigue vivo en la persona de su sucesor y actúa por medio de cada Obispo de Roma. Jesucristo es 'el *sedens* invisible', hecho visible en San Pedro, 'el primer *sedens* o titular visible' de la *cathedra-sedes* romana, y a la vez el 'titular permanente invisible'» (*Ibid.*, n. 4). «Las prerrogativas del Papa no provienen de una realidad socio-política, sino de su condición de sucesor de San Pedro» (*Ibid.*, n. 5). Y el autor sigue después exponiendo las conclusiones teológicas que se siguen del uso de cada uno de los nombres, pero sería prolijo incluso resumirlas. Basten las aducidas como botón de muestra.

En resumen, este libro nos parece digno de todo elogio por la gran abundancia de testimonios literarios que aporta, por el rigor científico con el que lleva a cabo los análisis lingüísticos y por la riqueza con que el autor penetra en la teología subyacente a las palabras. Una obra cuya lectura resultará enriquecedora para el técnico en la materia, y su consulta, obligada en el estudio de la teología sobre el Romano Pontífice.

FRANCISCO VARO PINEDA

Melquíades ANDRÉS MARTÍN (dir.), *Historia de la Teología Española*, Madrid, Fundación Universitaria Española («Monografías», 38), 1983, vol. I (*Desde sus orígenes hasta fines del siglo XVI*), 747 pp. 16 × 24.

Acaba de publicarse el primer volumen de una *Historia de la Teología Española*, desde sus orígenes hasta el siglo XVI, dirigido por el Prof. Melquíades Andrés, bajo los auspicios de la Fundación Universitaria Española. No cabe duda de que este trabajo constituye de por sí un acontecimiento importante para nuestra cultura; se puede afirmar que la Teología Española está de enhorabuena. Nuestra más cordial felicitación a sus autores y patrocinadores por este primer fruto que ahora se presenta al público.

La obra es producto de un trabajo de equipo de los profesores S. Fernández Ardanaz, A. Bayón, B. Palacios, B. Parera y M. Avilés; trabajo animado y dirigido por el prestigioso historiador de la Teología Española Prof. Melquíades Andrés, cuya serie de estudios en este campo son bien conocidos por los investigadores y por el público en general. El hecho de que existan en nuestro país equipos de trabajo bien conjuntados que

investigan en un campo tan necesitado de estudio y de tan alto interés cultural y científico, es ya un mérito indudable para este grupo de profesores españoles.

El estudio, en su conjunto, está hecho con rigor científico, bien proyectado, con buen aprovechamiento de las investigaciones anteriores, y con aportaciones originales indudables. Quizá su principal mérito, a destacar desde el principio, sea el hecho de que cubre una laguna clamorosa en la historia de nuestra cultura: no había hasta hoy una obra de conjunto que presentase nuestro pasado teológico en un todo armónico y bien estructurado. Así pues, supone una aportación científica de primera magnitud.

La lectura del trabajo pone de manifiesto un aspecto de importancia capital, y que ha sido motor del libro (como indica su Director en la misma *Introducción*), y es mostrar la raíz profundamente cristiana de nuestro pasado cultural configurante del ser del pueblo español («No es posible entender nuestra Historia sin un conocimiento profundo de la religión cristiana y de su teología», p. 11).

Una dificultad de fondo se manifiesta pronto a lo largo de las páginas del libro, y es ésta: la escasez de buenos trabajos monográficos sobre muchos temas particulares que se abordan. Ha habido un descuido secular en el estudio de nuestro pasado teológico, y ahora se pone de relieve en toda su crudeza. Así, afirma M. Andrés: «Este manual ofrece una primera aportación en orden a llenar, en lo posible, este vacío. En él se historian algunas manifestaciones teológicas, a veces de modo sistemático; otras a modo de primera incisión en un mundo apenas explorado» (pág. 8). En otro momento dirá: «Tampoco aquí puedo trabajar sobre monografías previas, sino que tengo que segar directamente en las fuentes y proponer un bosquejo necesitado de análisis posteriores» (pág. 693). Este tipo de observaciones son frecuentes a lo largo del libro (cfr. por ejemplo, pp. 496; 512; 597; 637, etc.). La falta de estudios previos marca de modo importante el alcance y el sentido de la obra; se trata de un primer desbroce de la Historia de la Teología Española necesitado de un trabajo ulterior de perfeccionamiento (como señala el propio Director), que se habrá de llevar a cabo a lo largo de años sucesivos. Esto, sin embargo, no resta valor fundamental a la investigación presentada.

De otra parte, así como la Historia de la Filosofía (o de otras ramas del saber) cuentan con una ya larga y madura tradición científica, la Historia de la Teología es una disciplina todavía joven, casi sin hacer en nuestros días, y que, incluso, tiene que luchar por su subsistencia (ni siquiera se prevee su existencia como disciplina en los planes de estudio básicos). Sólo hay tres obras de conjunto, ya antiguas, sobre la Historia de la Teología: la de Grabmann, la de Cayré y la de Allevi, que, de otra parte, están esperando una reelaboración sería adaptada a nuestros días (la última data de los años 40).

De ahí que el lector se plantee, al estudiar esta obra, un problema fundamental: ¿qué es la Historia de la Teología?, ¿cómo debería ser? y también ¿cómo debería hacerse hoy una Historia de la Teología? De la respuesta a estas preguntas se derivará el método científico a emplear

en su concepción general y en su realización concreta. Dos posibilidades principales surgen de inmediato: a) un estudio referido básicamente a los autores principales, su pensamiento, su influencia; b) o bien un estudio de los problemas y cuestiones teológicas principales de cada época histórica (omitiendo muchas otras posibilidades...). Pues bien, la obra que se presenta fluctúa un tanto sobre estos dos enfoques, aunque se puede afirmar que predomina el segundo. Y también cabe plantearse: ¿qué dosis de erudición histórica, de datos positivos, de ambientación, debe haber? y ¿qué dosis de especulación y de profundización ideológica y doctrinal cabe proponerse? Tampoco en el caso presente queda bien perfilada esta cuestión, como planteamiento metodológico.

Todavía existe otra dificultad objetiva de cierta relevancia respecto del tema de este libro: en España, el cultivo de la Teología en serio no comienza hasta el siglo XV; antes cabe señalar algunas figuras importantes aisladas, pero no un desarrollo, rico y organizado del saber teológico; o dicho de otra manera: la calidad y cantidad de los materiales teológicos a reseñar son muy desiguales, en un período comprendido entre el siglo IV y el siglo XVI. Solamente este último siglo tiene quizá más importancia e interés que los XV siglos precedentes. Esto hace que el estudio presente problemas difíciles de planteamiento y distribución de la materia, no siempre bien resueltos aquí, como se irá mostrando.

La obra está dividida en siete capítulos; los dos primeros (debidos a la pluma del prof. Fernández Ardanaz) abarcan desde el siglo IV al VIII, ocupando 337 páginas, de un total de 747 que tiene el libro (quizá un volumen excesivo comparado con las 160 dedicadas al siglo XVI, el siguiente capítulo en extensión). En el primer capítulo se estudia la época hispano-romana. Se analizan los principales problemas relativos a la cristianización de la Península Ibérica, los temas antiheréticos típicos del siglo IV, la vertiente práctica del pensamiento religioso y teológico de esta época. Los autores más significativos son: Osio de Córdoba, Potamio de Lisboa, Gregorio de Elvira, Prisciliano, Prudencio y Paciano de Barcelona. Se analiza someramente el pensamiento de estos autores en torno al misterio trinitario y a la antropología cristiana.

Se aporta, a continuación, un *Apéndice* amplio (20 págs.) sobre una cuestión particular: la autenticidad de las obras priscilianistas. En el apartado VII, se proporciona un elenco de 44 autores (de muy desigual importancia) de los siglos IV y V, con bibliografía de fuentes y estudios, bien hecho y muy útil para el estudioso (desgraciadamente esto no aparecerá siempre en los sucesivos capítulos; por lo menos con el rigor y amplitud que aquí se emplea).

El capítulo segundo abarca la época hispano-visigoda. Después de presentar las escuelas de educación cultural del clero, el tema de fondo es el eclesiológico: la teología sobre la organización jerárquica de la Iglesia, sobre el episcopado y sobre el primado romano. A este respecto los autores reseñados son fundamentalmente Isidoro de Sevilla, Braulio de Zaragoza y Julián de Toledo. También se presenta el problema de las relaciones Iglesia-Estado en la *Hispania* visigoda (lo cual, sin embargo, tiene más de historia eclesiástica que de teología), así como un apartado

dedicado a la espiritualidad. En este caso, junto a Isidoro de Sevilla, aparecen Martín de Dumio e Ildefonso de Toledo. Se concluye con un nuevo epígrafe sobre los autores del siglo VI-VII, de idénticas características al del capítulo anterior.

En líneas generales cabe decir que estos dos primeros capítulos constituyen una de las mejores aportaciones del libro, por su rigor y claridad; expone una buena síntesis de ocho siglos de historia religioso-teológica.

El capítulo tercero está dedicado a los siglos VIII a X. En la España ocupada por los árabes destaca la figura de Elipando de Toledo y su Cristología. En la España cristiana se expone con cierta extensión la teología y la espiritualidad del Beato de Liébana.

La convivencia de tres etnias y culturas (cristiana, musulmana y judía), y su principal argumento es la figura del gran mallorquín Ramón Llull, (s. XI-XIII). El apartado dedicado a las Escuelas de Traductores, dentro de la tradición islamo-judía resulta un tanto deslabazado y breve en exceso. La apologética antijudía es el tema de fondo de este período. Se exponen algunos autores representativos: Pedro Alfonso (converso del judaísmo), Juan Hispano y Domingo Gundisalvo (muy poco estudiados aún). La vía europea (escuelas catedralicias, germen de las futuras Universidades) es estudiada a continuación; San Martín de León y Lucas de Tuy. Se señala la gravísima pérdida cultural arabe-judía, que no es recogida en España sino que va a París.

El capítulo quinto abarca la segunda mitad del siglo XIII y el XIV, y su principal argumento es la figura del gran mallorquín Ramón Llull, prácticamente la única figura de importancia universal en toda esta grisácea época medieval española. Precisamente por ser una de las cimas de nuestra teología, se echa de menos un tratamiento más profundo y detallado. En nuestra opinión no se presenta adecuadamente su figura: síntesis biográfica, su obra y ediciones de la misma (como en caps. anteriores). También falta alguna nota erudita que guíe al lector en los abundantes estudios sobre el pensamiento del teólogo mallorquín. Las pp. 466-470 presentan una buena síntesis de la mística luliana, en cambio las pp. 465-466 no dan una idea relevante de sus ideas teológicas (trinitarias, cristológicas, mariológicas).

Respecto a otros teólogos de la época, destaca sobre todo la figura del general de los franciscanos Gonzalo de Valboa; también cabe señalar a Alvaro Pelayo y Pedro de Atarrabia. De otra parte, en el índice general del libro (respecto a este capítulo V) figura un apartado I,A, titulado: «El *capistrum iudeorum*...», de Ramón Martí. San Pedro Pascual. Maestro Alfonso de Valladolid», que luego no aparece en el libro (cfr. pp. 744 y 447).

El capítulo sexto se ocupa del resurgir teológico paulatino que se va produciendo en España durante el siglo XV. Los grandes problemas de la Cristiandad (el Gran Cisma, Avignon, la crisis conciliar, etc.) orientan la temática del trabajo teológico, que en este período es fundamentalmente de tinte eclesiológico. Los autores principales a los que se pasa revista son: Pedro Luna, Nicolás Eymerich, Vicente Ferrer, Sancho Porta (para la época aviñonense); y Juan Palomar, Juan de Mella y Juan de Segovia (para la época conciliarista Constanza-Basilea).

En un epígrafe titulado «Los teólogos españoles en la Italia del Humanismo» se exponen seis teólogos (algunos de ellos muy importantes) en once páginas; estos son: Rodrigo Sánchez de Arévalo, Juan de Torquemada, Alfonso de Madrigal (el Tostado), Fernando de Córdoba, Juan de Carvajal y Juan de Casanova. Por lo que respecta al Cardenal Juan de Torquemada, «el más grande teólogo de la Baja Edad Media» (pág. 520), quizás hubiera sido conveniente haber hecho un tratamiento más amplio. La presentación de la *Summa de Ecclesia* resulta digna (es un resumen de los libros de que consta y de los temas principales), pero faltan apoyos textuales de las fuentes, sobre todo al tratar de la infalibilidad pontificia (no aparece una sola cita de la obra de Torquemada; cfr. p. 517). Algo parecido ocurre con el catedrático salmantino (posteriormente obispo de Avila), Alfonso de Madrigal (el Tostado), uno de los escritores teológicos más sabios y prolíficos de la Iglesia de la época. A lo largo de tres páginas (pp. 520-522) se nos presenta un buen resumen, pero demasiado breve, de su figura y de su teología; sobre todo después de haberlo introducido con las siguientes palabras: «Uno de los más importantes precursores de la eclesiología post-vaticana de nuestro tiempo» (p. 520). La exposición se centra en su pensamiento sobre el error conciliarista, típico de la época; cabe preguntarse, no obstante, si en un autor cuyas obras ocupan más de 40 volúmenes ¿no se contienen aspectos bíblicos, dogmáticos, etc., dignos de ser expuestos aquí? He aquí una serie de temas que sugerimos al Prof. Avilés —pionero de la historiografía teológica catorcentista— para una segunda edición de su trabajo.

Al rico patrimonio teológico del siglo XVI está dedicado el séptimo y último capítulo del libro. El prof. Melquíades Andrés, cuyas investigaciones en este campo son bien conocidas, nos proporciona un interesante resumen de los principales temas, que el lector puede encontrar más desarrollados en su extensa monografía sobre esta época (*La Teología española en el siglo XVI*, 2 vols., BAC, Madrid 1977), siguiendo las referencias que él mismo da en las notas correspondientes.

Después de unas páginas introductorias de carácter general, estructura la exposición del siguiente modo: Dogma, Moral, Exégesis, Espiritualidad, Reforma española y luterana, Inquisición y Teología; todo ello a lo largo de 160 páginas. Acerca de esta estructuración del estudio digamos que, en nuestra opinión, el Dogma y la Moral podrían haberse estudiado unidos, teniendo en cuenta que en la concepción teológica de la época todavía no se distinguen por los autores; así se hubiera evitado algunas repeticiones de autores y obras, y se hubiera reflejado más fielmente el espíritu teológico de la época.

En lo referente al Dogma, a lo largo de 17 epígrafes se tratan temas como la superación del verbosismo (escolástica decadente), el humanismo teológico, el método de las tres vías (tomismo, nominalismo, escotismo), Escolástica y mística, las Escuelas teológicas, el método teológico y el *De locis* de Melchor Cano, la Teología española en Trento, Tomismo abierto y tomismo de escuela, Bayecianismo y Molinismo, etc.

En tan apretado resumen habían de ser necesariamente tratados con

excesiva brevedad temas tan decisivos como el papel del Humanismo en la reforma teológica salmantina, el éxito o fracaso del nominalismo en Alcalá y Salamanca, y su aportación a la Teología de la época (no queda claro, por ejemplo, el carácter positivo, para el desarrollo de la teología, de la irrupción del nominalismo que aquí se defiende; autores tan importantes como Beltrán de Heredia no estarían del todo de acuerdo con la tesis mantenida, quizá de un modo excesivamente esquemático y breve), el concepto preciso de escuela teológica (muy discutible, por lo demás), la Escuela de Salamanca (sus características, su papel decisivo en la renovación teológica del momento), etc.

Asimismo sobre la significación del método teológico aportado por el *De locis theologicis* de Melchor Cano para toda la reforma teológica del siglo XVI, faltan algunas referencias a estudios clásicos, o más recientes sobre el tema (cfr. por ejemplo A. Lang, *Die Loci Theologici des M. Cano und die Methode des Dogmatischen Beweises*, München 1925; J. Belda, *Los lugares teológicos de M. Cano en los Comentarios a la Suma*, Pamplona 1982).

En el apartado dedicado a la Moral se pone de manifiesto la gran aportación española, derivada del enfoque práctico y vivo de la teología debida al Maestro Vitoria; aunque sorprende encontrar una referencia inexacta sobre el año de nacimiento de Vitoria (cfr. pág. 623, seguramente por error material).

La exposición del tema bíblico y exegético trata principalmente de las contribuciones de las Biblias Políglotas hispanas (*Complutense* y *Regia*); de la Escuela de hebraístas de Alcalá, de la polémica entre hebraístas y escolásticos en Salamanca, y de la problemática en torno a la lectura de la Biblia en lengua vulgar.

El campo de la Espiritualidad está especialmente bien cuidado (de otra parte es el más extenso del conjunto: 53 págs. frente al segundo en extensión —Dogma con 35 págs.—). Expone de una manera clara y ordenada las cuatro grandes etapas de la espiritualidad del siglo XVI: las observancias, la vía del recogimiento, la vía del beneficio de Dios, y la vía del evangelismo erasmiano. Junto a ellas, es tratado con gran maestría el fenómeno de los «Alumbrados» como subproducto y degradación de la verdadera espiritualidad (sobre todo de la vía del recogimiento). Se presentan los grandes autores espirituales como García de Cisneros, Alonso de Madrid, Francisco de Osuna, Bernardino de Laredo, San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz. Aunque se echa en falta autores también importantes como San Juan de Avila, Fray Luis de Granada, etc. Se precisa muy bien el carácter original y específico de nuestra espiritualidad frente a la corriente erasmiana. Muy sugerente y bien expuesto resulta el tema de la relación entre Escolástica y Mística, con su evolución positiva a lo largo del siglo y su fecundo maridaje (a pesar de algunos episodios particulares, más bien accidentales en el conjunto).

El apartado VIII, se dedica a la Reforma española y luterana. Tratado de manera sucinta (pp. 700-707), no se hace referencia a la controversia teológica de fondo de los teólogos españoles con Lutero y sus seguidores; se expone tan sólo desde la perspectiva de la espiritualidad y de la



reforma eclesiástica. Por último, el tema de la Inquisición española (Apdo. IX) se centra en el famoso índice de 1559, resultando un tratamiento algo parcial de un tema de gran portada.

Así pues, sintetizando lo dicho hasta aquí: la obra presente supone una aportación importante para nuestra historiografía; hecha con audacia e ilusión; cubre una laguna muy grave que existía desde siempre en nuestra historia cultural y teológica. No obstante, como señalan sus autores (y ya recogíamos al principio), es un primer desbroce del campo, que necesitará ulteriores precisiones y desarrollos. De todas formas, el balance es altamente positivo.

JUAN BELDA PLANS

Giuseppe SGHERRI, *Chiesa e Sinagoga nelle opere di Origene*, Milano, Vita e Pensiero («Studia Patristica Mediolanensia», 13), 1982, 500 pp., 14,5 × 23.

Este libro fue presentado como trabajo de investigación en el «Fachbereich Katholische Theologie der Ludwig-Maximilians-Universität München» durante el semestre de invierno 1977-78. La redacción definitiva incorpora notables mejoras al texto anterior.

No es pretensión del autor abordar un estudio global de la Eclesiología origeniana. Se limita a profundizar en un aspecto del pensamiento teológico de Orígenes que, si bien arroja luces sobre el misterio de la Iglesia, sin embargo no llega a agotar el tema. Se trata de las relaciones entre la Sinagoga judaica y la Iglesia cristiana. En este libro no sólo se valora la relación Israel-Iglesia, sino que se contribuye al conocimiento sobre las relaciones entre judíos y cristianos en la Antigüedad y también al de la concepción de la historia en el Alejandrino.

Sgherri distingue acertadamente, tras la lectura directa de Orígenes, entre la que denomina «Sinagoga antigua» y la que califica «Sinagoga contemporánea». La primera alude al mundo judío, especialmente en sus aspectos culturales y religiosos, anterior a la llegada del Mesías; y la segunda se refiere al judaísmo posterior a Cristo. Orígenes juzga la Sinagoga contemporánea en dependencia de lo que él pensaba que había sido la antigua. De modo similar, la Iglesia, para él, no es sólo la antítesis de la Sinagoga, sino su continuadora. Por eso, la herencia de Israel en la Iglesia es uno de los valores que el Alejandrino más sobreestima en su Eclesiología. A esta temática de la continuidad Israel-Iglesia se le ha denominado «teoría de la sustitución»; G. Sgherri tiene razón cuando matiza que esta sustitución es, además, una superación, porque la Iglesia es, por la fe en Cristo, un nuevo Israel espiritual.

Orígenes ha apreciado a los judíos. Si bien es cierto que sus escritos testimonian una recíproca oposición religiosa entre hebreos y cristianos de la época, nuestro apologista defiende a los judíos de las acusaciones paganas, ya que se siente solidario con ellos por el hecho de ser creyente